



LIBERTAD Y DESARROLLO

SERIE INFORME **SOCIAL**

La batalla contra la desigualdad en Chile

Sergio Urzúa S.

SERIE
INFORME
SOCIAL

ISSN 0717 - 1560

Mayo 2018

173

SERGIO URZÚA S.

es profesor asociado de la Universidad de Maryland e investigador asociado NBER y Clapes-UC.

CONTENIDOS

RESUMEN EJECUTIVO **05**

INTRODUCCIÓN **06**

1. **LOS AVANCES DE CHILE**
EN POBREZA Y DESIGUALDAD **08**

2. **LA CAÍDA DE LA DESIGUALDAD**
COMO FENÓMENO REGIONAL **12**

3. **ENTENDIENDO LA REDUCCIÓN DE**
LA DESIGUALDAD EN CHILE: 2000-2015 **15**

4. **PRIORIDADES PARA EL DISEÑO**
DE POLÍTICAS PÚBLICAS **17**

5. **CONCLUSIONES** **23**

8. **REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS** **24**

- 4.1 Desafío 1: Factores estructurales explican parte de la desigualdad 17
- 4.2 Desafío 2: Las nuevas generaciones no están armadas para combatir la desigualdad 18
- 4.3 Desafío 3: El sistema educativo no se ajusta a nuevas demandas de pertinencia 20
- 4.4 Desafío 4: Predistribuir para redistribuir 20

Resumen Ejecutivo

La presente Serie Informe es parte del libro *Nuevos horizontes para las políticas públicas*, publicado por Libertad y Desarrollo junto a Ediciones UC y nacido bajo el alero del destacado economista Francisco Rosende. Fue él quien preocupado por la forma del debate de las políticas públicas, convocó a un grupo de académicos -Francisco Gallego, Claudio Lucarelli, Sergio Urzúa, Rodrigo Cerda y Francisco Parro- para aportar y refrescar el debate, con propuestas y puntos de vista innovadores.

En el tercer capítulo del libro, Sergio Urzúa da cuenta de cómo por casi cuatro décadas, primero de la mano de un rápido crecimiento económico y luego de políticas sociales focalizadas, Chile ha construido un sistema económico y social en que la reducción de la pobreza es el logro más reconocido. Sin embargo, el país aún padece los efectos de su histórico subdesarrollo. En la práctica, esto implica que la desigualdad no solo se explica por factores coyunturales, como pueden ser los altos niveles de desempleo producto de shocks macroeconómicos, sino también por elementos estructurales, siendo su más evidente manifestación la transmisión intergeneracional de la desigualdad.

Esta combinación, por cierto, no solo afectaría a Chile sino a toda la región, y explicaría que, a pesar de los inmensos avances económicos y sociales, los ingresos de los hijos aún dependen fundamentalmente de las características de sus padres.

INTRODUCCIÓN

El desafío de un sistema económico moderno es asegurar el desarrollo pleno, tanto individual como colectivo, de quienes participan de este. Y la historia económica es clara en demostrar que no existe una única ruta para alcanzar tal nivel de progreso. Sin embargo, una sociedad que no promueve el florecimiento y la utilización de las capacidades individuales en base al mérito y al esfuerzo, y que no ofrece las condiciones suficientes para asegurar la igualdad de oportunidades reconociendo al mismo tiempo la diversidad en la población, difícilmente podrá avanzar en tal dirección. Estos son los elementos necesarios no solo para aplacar la natural inclinación del ser humano por priorizar su bienestar individual, sino también para promover el colectivo.

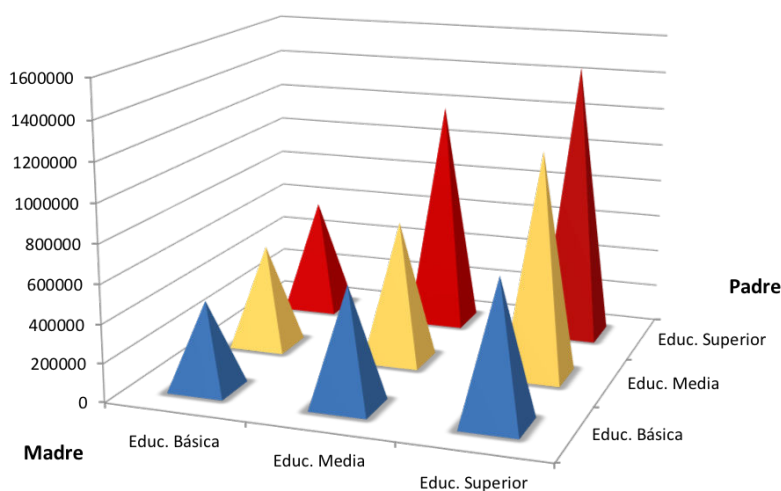
Por casi cuatro décadas, primero de la mano de un rápido crecimiento económico y luego de políticas sociales focalizadas, Chile ha construido un sistema económico y social sustentado sobre estos principios, siendo la reducción de la pobreza el logro más reconocido. De acuerdo a las cifras oficiales, mientras en 1990 más de un 38,6% de los hogares en el país eran catalogados como pobres, en 2015 el porcentaje (comparable) se estima bajo el 10%. Si bien los indicadores de desigualdad de ingreso se mantuvieron

estables durante los años noventa, la evidencia reciente demuestra una lenta pero estable mejora en la distribución del ingreso. De acuerdo a la Encuesta de Caracterización Socioeconómica Nacional (CASEN), el coeficiente de Gini, popular indicador de desigualdad que toma valores entre cero (todos los individuos tienen el mismo ingreso) y uno (solo un individuo tiene todo el ingreso), pasó desde 0.58 en 2000 (metodología tradicional) a 0.48 en 2015 (nueva metodología).

La Figura 1 ejemplifica este punto para Chile, pues examina la asociación entre los niveles de educación de los padres y los niveles de ingresos futuros de sus hijos.

Figura 1
TRANSMISIÓN INTERGENERACIONAL DE LA DESIGUALDAD EN CHILE: ASOCIACIÓN ENTRE LA EDUCACIÓN DE LOS PADRES Y LOS NIVELES DE INGRESOS DE LOS HIJOS

Fuente: cálculos propios en base a CASEN 2015. Se utilizan los ingresos autónomos (en pesos) calculados en base a la nueva metodología. Los promedios no incluyen individuos catalogados como inactivos.



La figura muestra que los ingresos promedios de quienes crecieron en hogares en donde ambos padres tenían al menos un año de educación superior bordearon los \$1.400.000 en el 2015, comparado con cerca de \$430.000 de quienes nacieron de padres que alcanzaron la educación básica. Los resultados evidencian la importancia de la educación de la madre y la del padre en los hijos, ambas variables fuera del control del individuo¹.

Parte de esta asociación puede explicarse por la inercia propia de la transmisión intergeneracional de habilidades, hábitos y capacidades. De hecho, este mecanismo ha sido documentado no solo por las ciencias económicas (Solon, 2004; Davies, Zhang y Zeng, 2005; Black y Devereux, 2011, entre otros) sino también por las médicas (Shonkoff y Phillips, 2000). Sin embargo, en el contexto nacional, también es posible identificar otro tipo de elementos, algunos con orígenes institucionales, que atentan contra el progreso individual y social.

En este capítulo se argumenta que mejores políticas públicas -particularmente en las áreas de educación, protección social e institucionalidad laboral-, son armas claves para eliminar tales trabas. Se argumenta además que tales impulsos deberían venir acompañados con la promoción del esfuerzo y el mérito. Dichos elementos pueden convivir con desigualdades de ingresos en una sociedad que asegura la igualdad de oportunidades. Así, el objetivo de política no debe ser homogeneizar resultados en un momento del tiempo, sino asegurar la movilidad social a lo largo del mismo. Esta visión reconoce las diferencias inherentes entre los individuos, maximizando entonces la efectividad de las políticas públicas en el largo plazo.

Es interesante notar que durante las últimas décadas en Chile muchas de las acciones del Estado fueron diseñadas con tal espíritu. Ejemplos son los programas sociales Chile Solidario (2004) e Ingreso Ético Familiar (2012). Sin em-

bargo, a pesar de los avances, Chile aún busca transitar desde una sociedad de acceso limitado a una de acceso libre (North, Wallis y Weingast, 2012). Por eso preocupan las recientes dificultades del país en la planificación de una estrategia que continúe y acelere su proceso de desarrollo. En los hechos, Chile se ha enlodado en cambios estructurales que han afectado las perspectivas económicas y sociales de su población. Por eso el énfasis en cuanto a modernizar la acción del Estado.

Los objetivos de este capítulo son múltiples. En primer lugar, se documentan los avances más importantes en materias sociales durante las últimas décadas, brindando particular atención a la desigualdad de ingresos y al contexto regional. Segundo, se analizan los distintos factores tras la reducción de la desigualdad observada a partir del inicio del nuevo milenio. Tercero, se argumenta que para continuar con los avances, nuestro país debe reformular sus políticas sociales, limitando las acciones asistencialistas del Estado y apostando por entregar mayores oportunidades de desarrollo a la población. Esto requiere reconocer que la igualdad de oportunidades no es sinónimo de igualdad de ingresos y que la redistribución por secretaría, sin hacerse cargo de los factores estructurales y la realidad histórica, es una estrategia de desarrollo estéril.

¹ La educación del padre es marginalmente más importante que la educación de la madre. La diferencia en ingreso autónomo mensual entre aquellos con padres con educación básica respecto de quienes tuvieron padres que alcanzaron la educación superior es de \$695.923. En el caso de la madre, la diferencia es de \$686.581.

1. LOS AVANCES DE CHILE EN POBREZA Y DESIGUALDAD

La reducción en los niveles de pobreza que ha experimentado Chile desde los últimos años de los ochenta es reconocido internacionalmente como uno de los hitos más importantes del exitoso proceso de desarrollo del país. Así, mientras en 1990 cuatro de cada 10 hogares era catalogado como pobre, en el 2015 uno de cada 10 tenía tal condición (Figura 2). La tendencia se aprecia independiente de la metodología de cálculo de pobreza por ingresos.

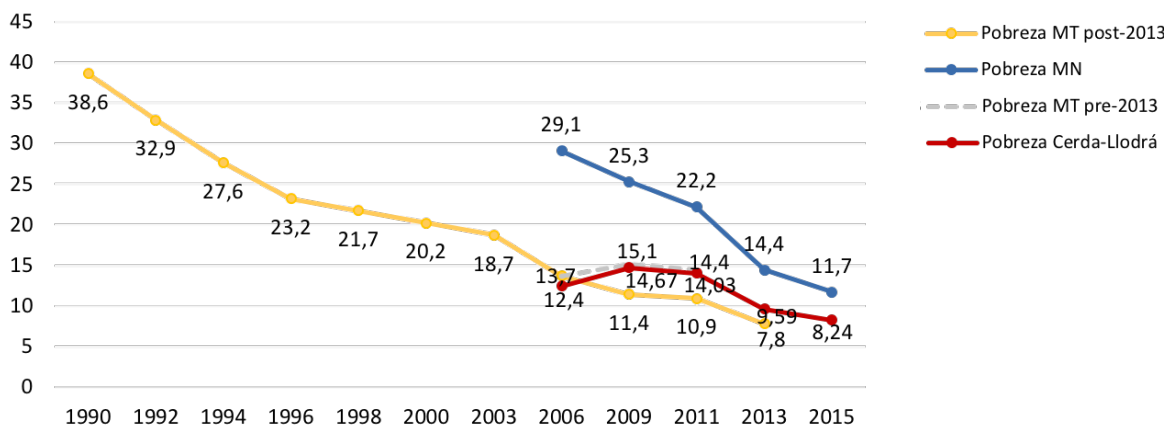
¿Qué explica tal resultado positivo? De la mano de la creación de empleos y el aumento en los salarios reales, el crecimiento económico -promedio anual de 5,1% desde 1990- tuvo un rol importante en la disminución de la pobreza, particularmente en la década los noventa (Cruz et al., 2015; Ferreira et al., 2013). Y a partir del nuevo milenio, una serie de políticas sociales focalizadas en los más vulnerables -posibles productos de los recursos fiscales adicionales generados por el mismo crecimiento del país- se transformó en una herramienta eficaz para mejorar las condiciones socioeconómicas de la población (Larrañaga et al., 2014). Programas como Chile Solidario (implementado en 2004) y el Ingreso Ético Familiar (de 2012) son dos

ejemplos de la amplia red de protección social con la que cuenta el país actualmente².

Sin embargo, aun cuando han existido mejoras, en materia de desigualdad, los avances han sido menos reconocidos. Esto probablemente se explica por la estabilidad de los distintos indicadores de desigualdad durante la década de los noventa, la que ha cedido dependiendo del indicador considerado durante los últimos 15 años. El coeficiente Gini, ampliamente utilizado en la literatura, ilustra con claridad esta situación. Mientras el indicador se mantuvo estable, en torno a 0.56 entre 1990 y 1998, incluso aumentando le-

Figura 2
EVOLUCIÓN TASA DE POBREZA: CHILE 1990-2015

Fuente: cálculos propios en base a encuestas CASEN. Para los años 2006 en adelante se presentan las tasas de pobreza construidas a las distintas metodologías oficiales. «MT pre 2013» se refiere a metodología tradicional reportada por datos oficiales pre 2013. «MT post 2013» se refiere a metodología tradicional con la modificación en el cálculo de la línea de pobreza (nuevas canastas por estructura del hogar). «MN» a nueva metodología que incluye nuevas líneas de pobreza y nueva metodología de datos de ingresos. En el análisis se utiliza la metodología tradicional. Las cifras de Cerda, Llodrá y Perelló (2016) presentan la pobreza calculada en base a líneas construidas utilizando la antigua metodología (pre 2013) con la nueva metodología de ingresos (sin ajuste por cuentas nacionales).

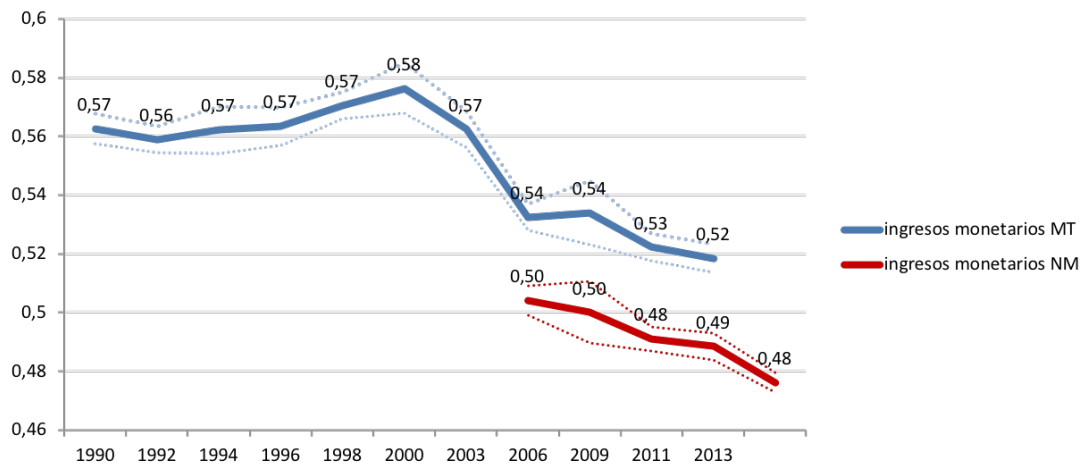


² De acuerdo a las cifras del Banco Integrado de Programas Sociales, 43.724 familias fueron beneficiarias del programa Ingreso Ético Familiar en el 2013 (ver http://www.programassociales.cl/pdf/2015/PRG2015_3_56212.pdf).

Familia - Seguridad y Oportunidades, antiguo Ingreso Chile Solidario. Por su parte, el número de beneficiarios del programa Chile Solidario alcanzó los 48.273 en 2008 (Larrañaga et al., 2015).

Figura 3
EVOLUCIÓN DE LA DESIGUALDAD: CHILE 1990-2015. COEFICIENTE GINI - INGRESOS MONETARIOS DEL HOGAR (PER CÁPITA)

Fuente: cálculos propios en base a encuestas CASEN. Para los años 2006 en adelante se presentan los indicadores de desigualdad utilizando los ingresos calculados a partir de la metodología tradicional (MT) y nueva metodología (NM). Los intervalos de confianza son calculados a partir de la técnica de bootstrap.



vemente producto de los efectos de la crisis asiática (1998-2000), a partir del 2000 se ha documentado una marcada y significativa reducción, que llevó al indicador a 0.513 en 2013 (metodología tradicional) e incluso 0.48 en el 2015 (nueva metodología). La Figura 3 presenta la evolución, incluyendo un intervalo de confianza del indicador.

Es interesante notar que, repitiendo la situación observada durante la crisis asiática, el menor progreso en materia de desigualdad observado en Chile a partir del 2006 también estuvo asociado al impacto de una crisis global, en este caso la crisis subprime. Específicamente, el menor crecimiento económico -el producto interno del país cayó 1% en 2009- explica que entre el 2006 y 2009 la desigualdad viera desacelerar su declive³.

Con todo, a pesar de la estabilidad observada en los noventa y el impacto de las dos últimas crisis económicas, ya sea por el natural efecto del crecimiento económico sobre los salarios, las oportunidades de empleo o por la red de protección social que Chile ha levantado, al analizar en detalle los cambios en las distintas secciones de la distribución del ingreso es posible comprobar avances significativos en el último tiempo, los que no siempre se manifiestan

claramente en indicadores específicos⁴. La comparación de los ingresos per cápita de los hogares por percentil de la distribución de 1990 y 2015 permite documentar tales avances. La Figura 4 presenta el crecimiento (real) de tales ingresos durante el período por percentil.

En términos generales, la figura permite apreciar cómo hasta el año 2015 las condiciones económicas de cada uno de los percentiles de la distribución de ingresos mejoraron substancialmente, clara señal de los avances realizados por el país. Pero se desprende un segundo hecho, incluso más relevante para los argumentos de este capítulo, que es que las mejoras son más fuertes entre los hogares más vulnerables. En particular, los resultados muestran que el aumento real en los ingresos en el 1% más pobre alcanzó en promedio un 9,9% anual en todo el período, lo que es seguido por la variación en el segundo percentil, 6,8%. Por su parte, a partir del percentil 48 los incrementos anuales son todos menores al 4%, y desde el percentil 85, cercanos al 3%. Esto explica que, en promedio y durante los 25 años de análisis, el 10% más pobre de la población viera aumentar sus ingresos, en términos relativos, más del doble que el del 10% más rico⁵.

³ De hecho, el coeficiente de Gini calculado utilizando los ingresos autónomos de las familias, lo que excluye las transferencias del Estado, sufrió un leve aumento desde un 0.543 hasta un 0.551 entre 2006 y 2009 (metodología tradicional).

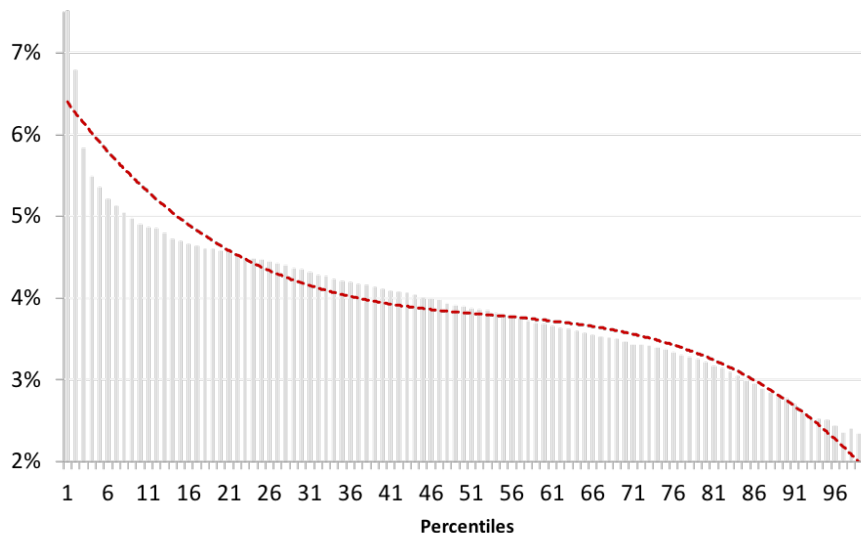
⁴ El indicador de desigualdad 10/10 (razón entre el total de los ingresos del 10% más rico y el 10% más pobre) se redujo también de forma importante en el período cuando se analizan los ingresos monetarios: 40 en 1990 versus 21 en 2015, con la reducción estadísticamente significativa. La dinámica de este indicador es similar al observado en el caso del coeficiente de Gini. Sus reducciones fueron mínimas durante la primera década posdictadura, pero muy sostenidas a partir del 2000.

⁵ La literatura reconoce las dificultades de medir de forma precisa los niveles de ingresos entre los hogares de mayores ingresos (Contreras et al., 2012). Sin embargo, en la medida que tales dificultades sean constantes en el tiempo, el cálculo de las variaciones porcentuales no debería verse fuertemente afectada.

Figura 4

CRECIMIENTO PROMEDIO (REAL) DE LOS INGRESOS (PER CÁPITA) DE LOS HOGARES POR PERCENTIL DE LA DISTRIBUCIÓN DE INGRESOS. CHILE: 1990-2015

Nota: para asegurar comparabilidad, en CASEN 2015 se utiliza la metodología tradicional en el cálculo de ingresos autónomos. Los resultados no se modifican cuando se considera la metodología nueva. Se utiliza la variación histórica en el IPC para ajustar los salarios en CASEN 1990 (llevarlos a precios de noviembre de 2015).



Probablemente en el contexto de la discusión pública, caracterizada por la evidencia de una mayor acumulación de riqueza entre los hogares más ricos, el resultado puede parecer contradictorio⁶. Sin embargo, no hay nada incompatible en estas cifras. El mayor crecimiento de los ingresos en los percentiles más bajos no se traduce necesariamente en aumentos absolutos en el ingreso.

A modo de ejemplo, si los ingresos iniciales de una familia son \$100, un aumento de 5% significaría \$5 adicionales. Por otro lado, si los ingresos iniciales son \$1.000, un aumento de 3% implicaría nuevos \$30. Entonces, la mayor acumulación de recursos de la población de mayores ingresos es consistente con la evidencia de mayores avances en términos porcentuales en los ingresos de los más vulnerables. Esto puede incluso traducirse en menores niveles de desigualdad sobre todo cuando se toma en consideración la redistribución a partir del gasto social y un sistema tributario con elementos progresivos. De hecho, cuando se considera el 10% de los más ricos de acuerdo a ingresos autónomos, que excluyen las transferencias monetarias del Estado, se observa que entre 1990 y 2015 su participación en los ingresos totales, incluyendo las transferencias del Estado, cayó un 17%.

De esta forma es posible utilizar los ingresos autónomos para insistir en los avances en materia de equidad. Para ilustrar el punto, reflexionemos la siguiente pregunta: considerando los ingresos del 2015, ¿qué porcentaje de la población sería considerada en el 50% más pobre en 1990? La Figura 5 presenta estos resultados. Por supuesto, para que la comparación sea válida, los ingresos son ajustados por los cambios en el costo de los bienes y servicios.

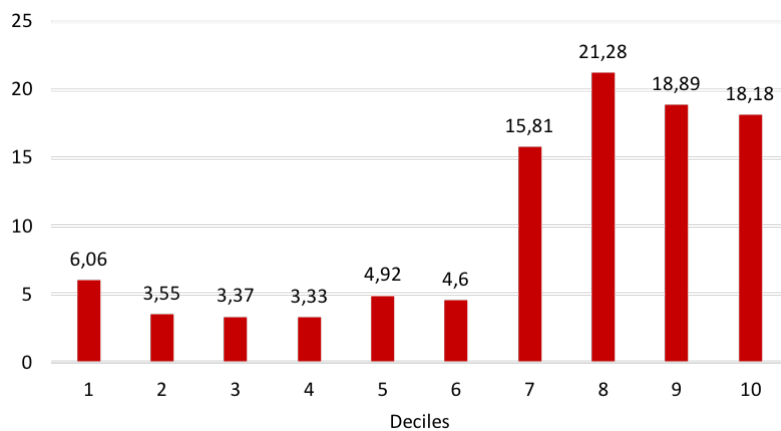
Los resultados indican que un 75% de la población en el 2015 tuvo ingresos autónomos que los hubiesen ubicado en el 40% más rico en 1990 (ajustado por la variación de los precios), que casi un 60% de la población tuvo ingresos autónomos el 2015 en valores correspondientes al 30% más rico en 1990, y que menos del 20% tuvo ingresos autónomos el 2015 en valores equivalentes al 50% más pobre de la población en 1990 (Figura 1-5). Todos avances notables, y todos resultados de los esfuerzos del país por promover el crecimiento económico y el diseño de políticas públicas focalizadas⁷.

⁶ Ver López, R., Figueroa, E., y Gutiérrez, P. (2013, 2015).

⁷ Es interesante notar que existe evidencia respecto del deterioro tanto de la calidad del instrumento de focalización como de la focalización propiamente tal. Ver Herrera, Larrañaga y Telias, 2010; Larrañaga, Falck, Herrera y Telias, 2014.

Figura 5
**PORCENTAJE DE PERSONAS CON
 INGRESOS (AUTÓNOMOS) EN 2015 EN
 CADA UNO DE LOS DECILES DE INGRESO
 (AUTÓNOMO) DE 1990**

Nota: El Ingreso Autónomo corresponde a la suma de todos los pagos que reciben las personas, provenientes tanto del trabajo como de la propiedad de los activos. Estos incluyen sueldos y salarios, monetarios y en especies, ganancias provenientes del trabajo independiente, la autoprovisión de bienes producidos por el hogar, rentas, intereses, dividendos y retiro de utilidades, jubilaciones, pensiones o montepíos, y transferencias corrientes. Se utiliza la variación histórica en el IPC para ajustar los salarios en CASEN 1990 (llevarlos a precios de noviembre de 2015).



2. LA CAÍDA DE LA DESIGUALDAD COMO FENÓMENO REGIONAL

Pero la reducción de la desigualdad observada en Chile a partir del año 2000 no es un fenómeno aislado. Muy por el contrario, este debe ser comprendido como parte de un proceso regional que significó un importante avance en la mayoría de los países de América Latina. A modo de ejemplo, y de acuerdo a los datos del Banco Mundial, entre 2000 y 2012 el coeficiente Gini cayó en Brasil más de siete puntos, en Perú y Venezuela la reducción fue de nueve, mientras que en Bolivia fue de 11 puntos. Así, la reducción de la desigualdad en Chile, estimada en torno a cuatro puntos, es consistente con lo ocurrido en otros países de la región. La Figura 6 documenta los cambios en el coeficiente de Gini por país entre 2000 y 2012.

En la búsqueda de explicaciones del fenómeno, la literatura ha identificado a la caída en los retornos de la educación superior, esto es, el diferencial de ingresos entre los individuos con estudios superiores respecto del resto, como uno de los factores tras la reducción (Lustig et al., 2011; Sapelli, 2011). Desde un punto de vista teórico, dicha hipótesis es consistente con la simultánea y significativa expansión de la cobertura en ese nivel en algunos de los países de la región⁸. En efecto, tal como lo muestra la Figura 7, el premio sobre ingresos a la educación superior se habría reducido en forma importante en el período 2000 y 2012 en la mayoría de los países de la región. Este patrón se mantiene incluso cuando se considera el impacto de edad y género sobre los salarios de la población (Espinoza y Urzúa, 2016).

Figura 6
REDUCCIÓN DE LA DESIGUALDAD EN AMÉRICA LATINA, 2000-2012

Fuente: Banco Mundial.

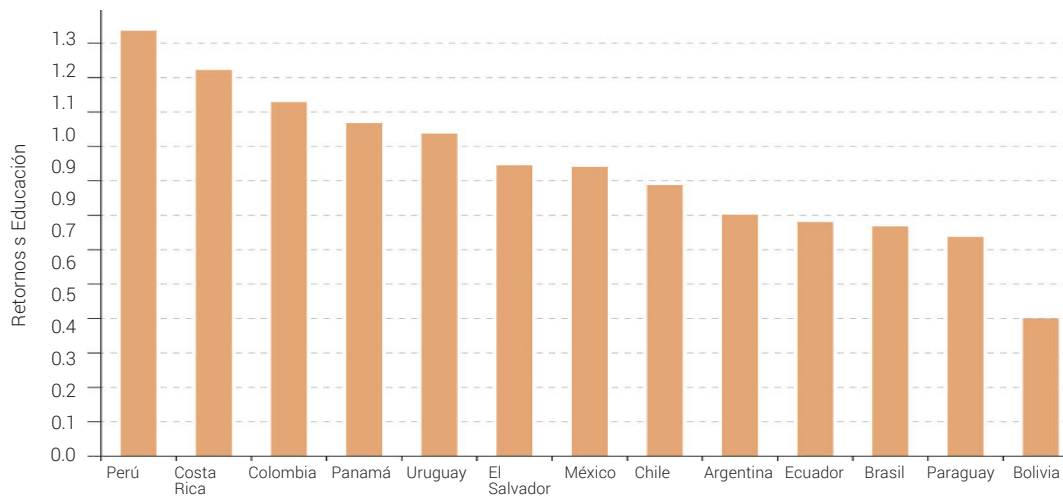


⁸ En 1991 la matrícula en educación superior (ISCED 5 y 6) en América Latina no superaba el 17%. En 2012 la cifra alcanzó el 43%, siendo Chile y Colombia los países que más habrían aumentado la cobertura. Ver Espinoza y Urzúa (2016) para un análisis de los cambios en la educación superior y sus retornos económicos en el contexto de América Latina.

Figura 7

CAMBIOS EN EL PREMIO A LA EDUCACIÓN SUPERIOR EN AMÉRICA LATINA, 2000-2012

Nota: para cada país, la altura de la barra indica el cambio en el ratio entre los ingresos de los trabajadores con estudios universitarios respecto de los que no cuentan con dichos estudios. Así, números superiores a uno indican aumentos en los retornos, mientras que los inferiores a uno indican reducciones.



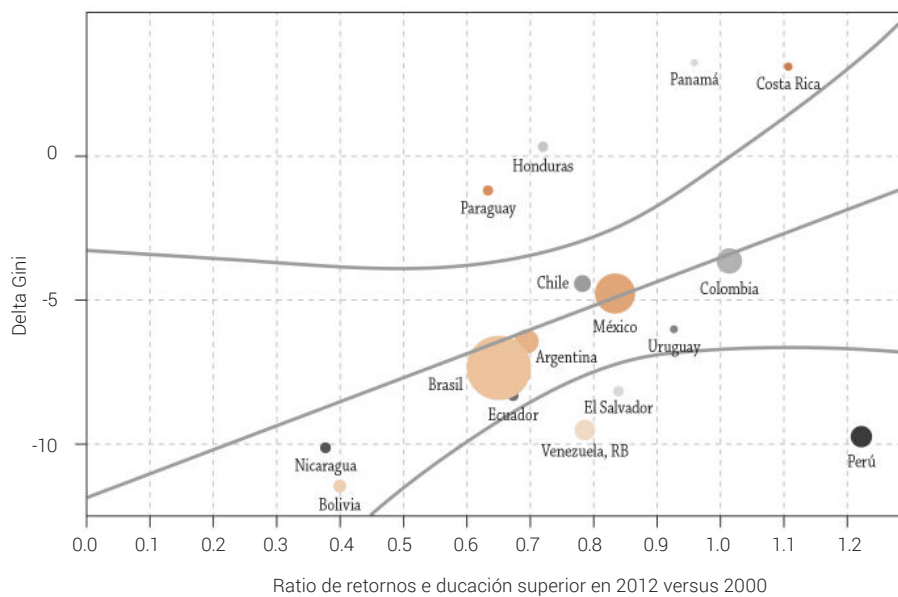
Ahora bien, se aprecia una asociación positiva entre la caída en los premios con las reducciones en la desigualdad. Esto implica que países en donde fue mayor la caída en los retornos en la educación, también fue mayor la caída del coeficiente Gini. La Figura 8 documenta este resultado.

Sin embargo, aun cuando la caída en los retornos a la educación superior puede ser uno de los factores que expliquen la sustantiva reducción de desigualdad, es necesario tener precaución al momento de interpretar la evidencia.

Figura 8

VARIACIÓN EN LOS RETORNOS DE LA EDUCACIÓN Y LA DISMINUCIÓN DE LA DESIGUALDAD DE INGRESOS EN AMÉRICA LATINA, 2000-2012

Nota: el tamaño de cada círculo denota el tamaño de la población respecto del total. Se muestra la asociación entre la variación en los términos de intercambio de las economías y la reducción de la desigualdad.



En primer lugar, se debe reconocer que el aumento significativo en la cobertura de educación superior es un fenómeno reciente y no generalizado, por lo que no es claro que estos puedan explicar por sí solos la tendencia regional hacia una menor desigualdad, y aun cuando este fuese el caso, el impacto debería producirse en el largo plazo, una vez que las nuevas cohortes de graduados se integren al mercado laboral.

A lo anterior se agrega un segundo elemento. Es imposible obviar los efectos que pudo haber tenido un importante fenómeno económico que operó en toda la región durante la última década: el súper ciclo de las materias primas, conocido también como el *boom* de los *commodities*. En la práctica, esto significó que la gran mayoría de las economías latinoamericanas experimentaron inmejorables condiciones económicas, con inmensas entradas de recursos a través de la inversión y favorables términos de intercambio. Los dineros frescos y las excelentes condiciones económicas facilitaron el levantamiento y la ampliación de las redes de protección en la región, los que incluyeron la expansión de los programas de transferencias monetarias (Lustig et al., 2011); significaron una mayor demanda por trabajo, particularmente entre los trabajadores menos capacitados; e hicieron viables cambios en la legislación laboral que, bajo condiciones normales, podrían haber afectado rápidamente el empleo (por ejemplo, aumentos significativos del salario mínimo en Argentina, Brasil y Colombia). Y claro, varios países también utilizaron la oportunidad para aumentar el capital humano de la población, a partir de una mayor cobertura en educación o capacitación, aun cuando la evidencia sugiere que esto no habría significado mejoras en cuanto a la calidad de los servicios educativos (Puentes y

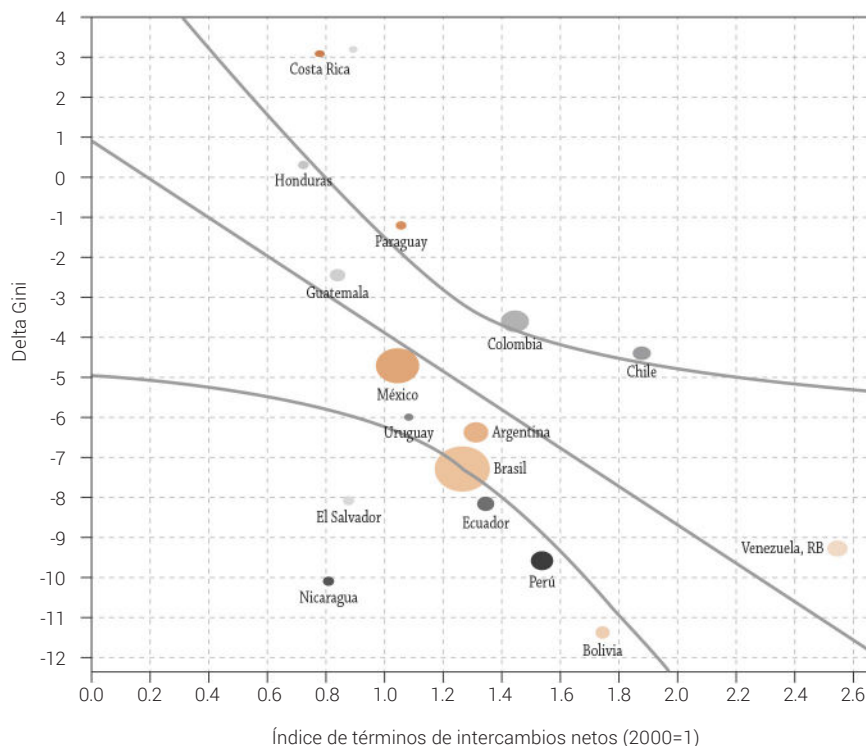
Urzúa, 2010; Urzúa, 2012; Bassi, et al., 2014). La Figura 9 muestra la caída en desigualdad en función de las mejoras en los términos de intercambio de los países.

En principio, todos estos cambios pueden haber contribuido a la mejora en la distribución de ingresos observada en la región entre 2000 y 2012. Además, es interesante notar que muchos implican aumentos relativos en los ingresos de la población menos educada, lo que es consistente con la evidencia de menores retornos de la educación superior.

Con todo, la reducción de la desigualdad puede ser asociada tanto a los avances en cobertura educacional (mayor oferta de capital humano más calificado) y/o por cambios en el mercado laboral (mayor demanda de trabajo, crecimientos en los salarios reales, particularmente entre los menos calificados, y aumentos en salarios mínimos). Identificar la fuente precisa va más allá del objetivo de este capítulo. Sin embargo, dadas las diferencias en cuanto a implicancias de políticas de cada uno, es necesario ofrecer cierta evidencia en cuanto a estos.

Figura 9
VARIACIÓN EN LOS TÉRMINOS DE INTERCAMBIO DE LOS PAÍSES Y LA DISMINUCIÓN DE LA DESIGUALDAD DE INGRESOS EN AMÉRICA LATINA, 2000-2012

Nota: el tamaño de cada círculo denota el tamaño de la población respecto del total.



3. ENTENDIENDO LA REDUCCIÓN DE LA DESIGUALDAD EN CHILE: 2000-2015

En el caso chileno, los avances en materia de desigualdad experimentadas a partir del 2000 también habrían sido asociados a cambios en los niveles educacionales de la población. La evidencia sugiere que el importante aumento de la cobertura en el sistema de educación superior, proceso que ya cumplió más de diez años, se ha traducido en menores disparidades de ingreso en las nuevas generaciones (Sapelli, 2011). Sin embargo, ¿qué explica la caída agregada en materia de desigualdad? ¿Cuán importantes pueden haber sido las inmejorables condiciones económicas que experimentó el país entre el 2004 y 2015, que significaron un crecimiento promedio del Producto Interno del país de 4,29% para el período (esto incluye el -1% del 2009)?

Para efectos de analizar este punto, la Tabla 1 presenta los valores del coeficiente Theil, otro conocido indicador de desigualdad, para los años 2000 y 2015 calculados a partir de las encuestas CASEN y utilizando los ingresos monetarios de las personas. Consistente con lo observado en otros indicadores de desigualdad, la columna (A) documenta la significativa caída de este indicador (0.24 puntos, equivalente a una reducción del 28%).

Una de las ventajas del índice de Theil es que, a diferencia del coeficiente Gini, permite descomposiciones exactas para analizar la contribución de distintos grupos sobre la desigualdad, tomando en cuenta el rol que generan las disparidades «entre» y «dentro» de los mismos. Para ilustrar el valor de esta característica, basta considerar el caso

de dos grupos de individuos: aquellos con doce años de escolaridad o menos y aquellos con trece o más años de escolaridad. En este contexto, una caída en el tiempo de la desigualdad agregada podría ser producto de fuerzas que hagan más equitativa la distribución de ingresos dentro de cada grupo educacional (por ejemplo, mayor cobertura en un nivel educacional específico con calidad heterogénea sin cambios en niveles salariales promedios en el corto plazo) y/o a cambios en los ingresos promedios (relativo al promedio agregado) entre ellos (por ejemplo, shocks agregados con fuertes efectos sobre los salarios promedio, pero no así sobre su dispersión). Así, se pueden analizar las fuentes de reducción de la desigualdad.

Tabla 1
INDICADOR DE DESIGUALDAD DE THEIL Y SU DESCOMPOSICIÓN (16 GRUPOS). INGRESOS MONETARIOS DE LAS PERSONAS, PERÍODO 2000-2015

Fuente: cálculos propios a partir de encuestas CASEN 2000 y 2015. Los grupos etarios y educacionales son definidos de la siguiente forma: individuos sin educación superior y con al menos un año de educación superior, agregando además ocho grupos etarios (menores de 25 años, 25-30, 31-35, 36-40, 41-45, 46-50, 51-55 y mayores de 55).

Año	Theil (A)	Descomposición por grupo educacional y etario	
		Dentro de los grupos (B)	Entre los grupos (C)
2000	0,87	0,56	0,31
2015*	0,63	0,41	0,22
Reducción	-0,24 (28%)	-0,15	-0,09
(%)	(28%)	(27%)	(30%)

En lo que sigue, consideramos precisamente dos grupos educacionales -trabajadores sin educación superior y trabajadores con al menos un año de educación superior-, agregando además ocho grupos etarios -menores de 25 años, 25-30, 31-35, 36-40, 41-45, 46-50, 51-55 y mayores de 55-. La incorporación de estos cohortes permite analizar el impacto que puede haber tenido el aumento de cobertura en la educación superior sobre la desigualdad agregada.

Las columnas B y C de la Tabla 1 presentan la contribución «dentro» y «entre» grupos para explicar tanto los niveles del Theil agregado en 2000 y 2015, como también su caída. En ambos años, la mayor contribución a la desigualdad agregada proviene de las disparidades «dentro» de los grupos. Sin embargo, la mayor caída porcentual de la desigualdad se observa «entre» grupos, aun cuando el componente «dentro» también contribuye en la misma dirección.

Estos resultados sugieren que el proceso de reducción de la desigualdad en Chile a partir del 2000 fue un proceso complejo, sin una supremacía clara de un factor determinado. Sin embargo, el estudio detallado de lo que ocurrió entre el 2000 y 2015 en la distribución de ingresos de cada uno de los 16 grupos puede ofrecer más claves. La Tabla 2 profundiza en este punto, mostrando las variaciones en el tiempo de los índices de Theil por edad y grupo educacional-

Es interesante notar las reducciones en la desigualdad para la mayoría de los grupos. En particular, grupos más beneficiados con el aumento de cobertura de educación superior (26-30 años con estudios superiores) muestran caídas en el Theil. Sin embargo, los resultados sugieren que los avances más importantes emergen en el cohorte de individuos mayores de 41 y menores de 56 años, independiente del nivel educacional⁹. En este contexto, toma

fuerza la noción de que el positivo escenario económico que experimentó Chile producto del boom de los commodities tuvo un fuerte impacto sobre las condiciones económicas de la población, reduciendo la dispersión de los salarios entre los mayores de 40 años.

Tabla 2
CAMBIOS EN LOS ÍNDICES DE THEIL POR GRUPO ETARIO Y NIVEL EDUCACIONAL, 2000-2015

Fuente: cálculos propios a partir de encuestas CASEN 2000 y 2015.

Edad / Educación	Sin Educación Superior			Con Educación Superior		
	2000	2015	Var. %	2000	2015	Var. %
<26	0,39	0,49	27%	1,39	1,1	-21%
26-30	0,31	0,3	-3%	0,48	0,31	-35%
31-35	0,46	0,3	-35%	0,42	0,37	-12%
36-40	0,41	0,29	-29%	0,5	0,41	-18%
41-45	0,45	0,32	-29%	0,79	0,41	-48%
46-50	0,55	0,32	-43%	0,78	0,48	-39%
51-55	0,55	0,32	-41%	0,73	0,48	-34%
>55	0,54	0,34	-37%	0,54	0,54	2%

⁹ Por sus edades, la cohorte de individuos mayores de 41 años y menores de 56 no debería haber sido afectado directamente por el marcado aumento de cobertura en educación superior observado en Chile a partir del nuevo milenio. Sin embargo, podría haber sido afectado indirectamente en la medida que las nuevas cohortes más educadas compitiesen por los mismos puestos de trabajo.

4. PRIORIDADES PARA EL DISEÑO DE POLÍTICAS PÚBLICAS

¿Es posible modificar la distribución de ingresos a través de un cambio en el sistema tributario? Sí, en el corto plazo, pero no necesariamente en el largo plazo, sobre todo si los cambios afectan el crecimiento del país. ¿Es posible reducir las disparidades en los ingresos del trabajo a través, por ejemplo, de aumentos en el salario mínimo y una legislación laboral más rígida? Nuevamente sí, con algo de suerte en el corto plazo, sobre todo si las condiciones económicas permiten evitar los efectos colaterales, pero difícilmente en el largo plazo. ¿Es posible reducir la desigualdad a partir de las transferencias del Estado? Sí, pero para eso es necesario contar con recursos permanentes, siendo fundamental entonces el crecimiento económico. Adicionalmente, tales políticas del Estado no deben desincentivar el empleo, pues de hacerlo pueden ser incluso contraproducentes en el largo plazo.

Todas estas estrategias, muy populares en la región, no atacan los orígenes de la desigualdad. No se ocupan de las causas, sino que operan minimizando las manifestaciones. Por eso, no son las respuestas más efectivas para reducir permanentemente las disparidades de ingreso.

La evaluación es distinta cuando se considera la apuesta por reducir la desigualdad a partir de la inversión en capital humano. Dicha estrategia sí debiese ser exitosa en el largo plazo. Sin embargo, en este caso los resultados son lentos y requieren de prestar una particular atención a una dimensión difícil de asegurar, como es la calidad. Por eso, no sorprende que los mayores avances en el ámbito educacional en Chile y en toda la región hayan apuntado a aumentos en cobertura. Lamentablemente, existen buenas razones económicas para sospechar que mayor cobertura y más calidad no vienen casi nunca de la mano. Así, no es obvio que tales esfuerzos vayan necesariamente a reducir la desigualdad en el largo plazo.

Lo anterior hace necesario anticipar los desafíos e identificar las directrices de lo que debería ser la discusión de fondo para avanzar en una mejor distribución de ingresos en Chile. Naturalmente, esto implica analizar críticamente el sistema educacional. Pero antes de discutir el futuro, es

necesario hacer un comentario que fustiga la visión que ha dominado el pasado. Es necesario convenir que no toda desigualdad es negativa o injusta. La naturaleza humana es diversa, por lo que apostar por la erradicación total de la desigualdad es insensato. Aún más, ciertos grados de desigualdad son necesarios para alinear incentivos y promover la competencia, fundamentos tras el progreso económico y social. Por lo tanto, políticas públicas que apunten a reducir las diferencias de ingresos en la población deben eliminar aquellas trabas institucionales que impiden a un individuo progresar a partir de su esfuerzo. La cuna no puede determinar el futuro. Esa es la clave para romper con la injusta transmisión intergeneracional de la desigualdad. Los esfuerzos deben estar puestos más en atacar las causas, sin desatender los efectos. Solo el reconocimiento de esta realidad acercará a Chile a políticas eficaces en contra de la desigualdad injusta. Volvamos a los desafíos.

4.1 **Desafío 1:** Factores estructurales explican parte de la desigualdad

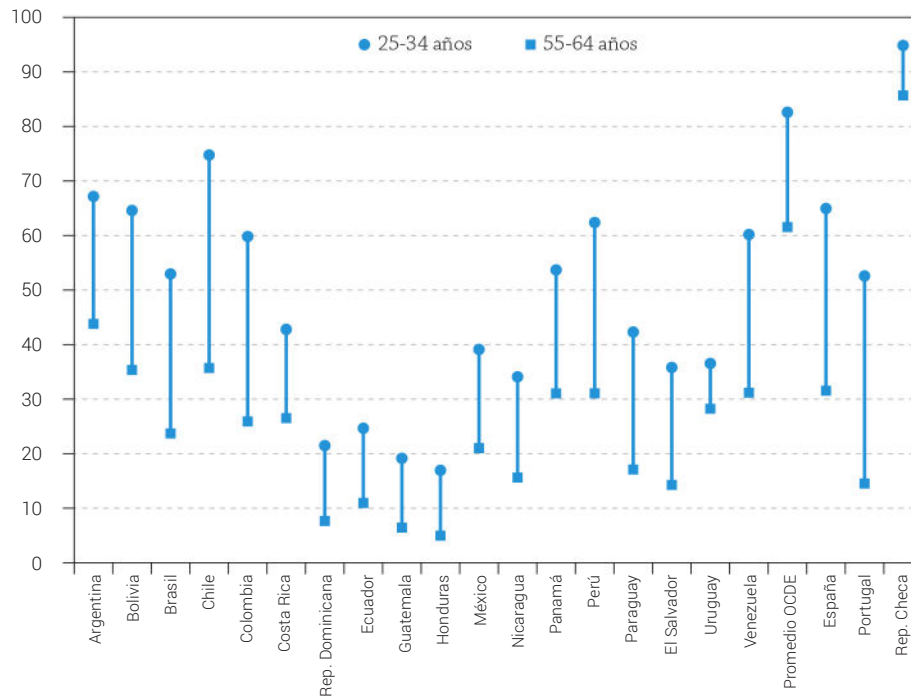
Distintos elementos sugieren que los altos niveles de desigualdad de ingresos en Chile, y también en América Latina, se explican por lo menos en parte por factores estructurales, muchos generados incluso por los mismos avances de la región.

Consideremos, por ejemplo, los avances en materia de cobertura educacional del siglo XX. Producto de estos, América Latina cuenta con una población económicamente activa con gran heterogeneidad en cuanto al capital humano. Así lo evidencia la Figura 10 que muestra, para distintos países y en base a encuestas de hogares recientes, el porcentaje de la población con al menos 12 años de escolaridad (es decir, educación media completa) para dos grupos etarios: entre 25 y 34 años, y entre 55 y 65 años.

En Chile, mientras el grupo de individuos con edades entre los 25-34 años alcanza una tasa de graduación de la educación media similar al promedio de la OCDE (en torno al 80%), menos de cuatro de cada 10 chilenos alcanzan tal

Figura 10
PORCENTAJE DE POBLACIÓN POR EDAD CON AL MENOS SECUNDARIA COMPLETA

Nota: Bassi et al. (2012).



nivel de escolaridad entre aquellos con edades en el rango 55-64 años. La diferencia ilustra los inmensos avances en cobertura y, al mismo tiempo, representa una importante fuente de desigualdad salarial. La situación se repite en los otros países de la región.

De este modo, y precisamente por la inercia estructural que habrían generado las transformaciones en la región, produciendo disparidades en las dimensiones que afectan la productividad laboral, es que sin atender a sus orígenes no será fácil reducir la desigualdad de ingresos.

4.2 **Desafío 2:** Las nuevas generaciones no están armadas para combatir la desigualdad

¿Es posible reducir la transferencia intergeneracional de desigualdad a partir de la inversión en capital humano? Sí, pero como se planteó anteriormente, una condición necesaria es el aseguramiento de la calidad y la pertinencia de la inversión. Solo esto permitiría a las nuevas generaciones encontrar y explotar las oportunidades en los mercados de trabajo modernos, caracterizados por una demanda de talentos complejos y globalizados. ¿Está el sistema educacional en sintonía con tal realidad? La evidencia demuestra que no.

En la actualidad, la gran mayoría de los jóvenes chilenos que ingresa al mundo del trabajo arranca con una pesada mochila que afecta su competitividad. Esto, pues las herramientas que traen consigo son fundamentalmente aquellas que adquirieron durante el trayecto por un sistema educativo que no prestó la atención requerida a las habilidades, capacidades y competencias relevantes para desarrollarse con éxito en el ámbito del trabajo y en la sociedad en general.

Una manifestación de esta realidad es la difícil transición desde la escuela al trabajo que caracteriza a las nuevas generaciones, siendo un claro ejemplo de esta situación el alto porcentaje de jóvenes «ninis» (ni estudia ni trabaja) presentes. Actualmente, dos de cada 10 individuos de edades entre los 25 y 35 años tienen esta condición.

Por otra parte, las cifras muestran que si bien Chile ha venido cerrando la brecha de acceso a la educación respecto de las economías desarrolladas, mantiene diferencias alarmantes en cuanto a la calidad de la misma y al dominio de los conocimientos básicos. A modo de ejemplo, los resultados de las pruebas PISA indican que uno de cada dos estudiantes de 15 años en Chile no alcanza las competencias mínimas en matemáticas para participar de una sociedad moderna, lo que afectará su futuro y el del país. Adicional-

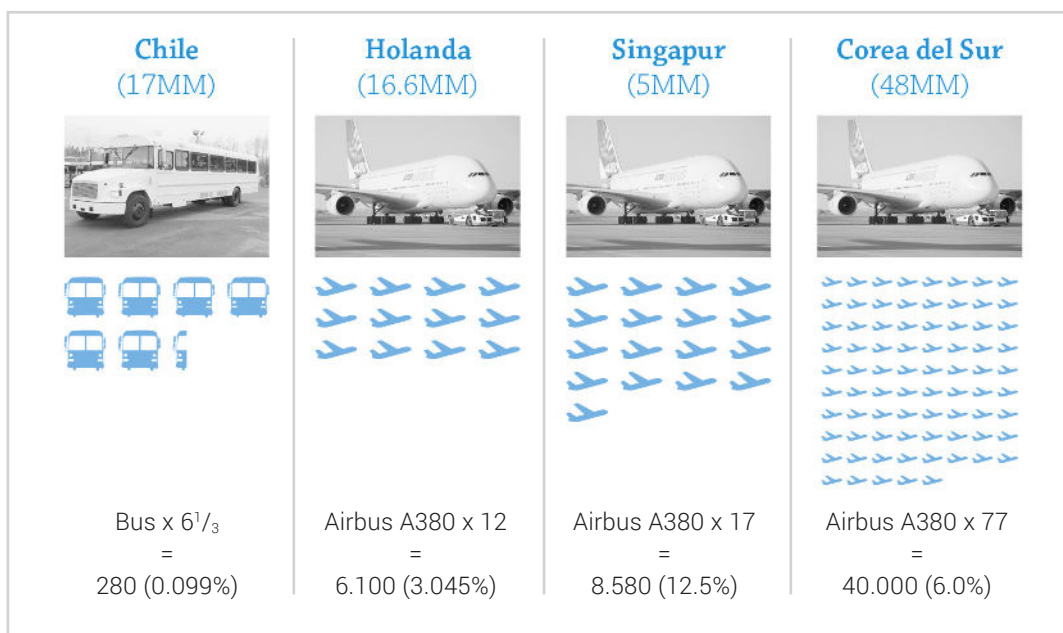
mente, los resultados reafirman la alta correlación entre los niveles socioeconómicos de los jóvenes y su desempeño académico, una prueba fehaciente de las desigualdades en materia educacional en nuestro país que emergen mucho antes de los 15 años. Este punto se analiza nuevamente en la siguiente sección.

Y los atrasos son tan profundos que incluso emergen entre los jóvenes más aventajados. Como lo indica la Figura 11, en base a los datos de población y las cifras PISA 2015, en Chile solo un número cercano a los 280 individuos de 15 años alcanzan el nivel más alto de desempeño, los que los transformaría en competitivos globalmente. Holanda, con una población similar a la chilena, generó el 2015 cerca de 6 mil jóvenes con resultados en los niveles PISA más altos. Singapur, con menos de un tercio de la población de Chile, produjo más de 8 mil, mientras que Corea del Sur generó cerca de 40 mil. Diferencias significativas desde el ángulo en que se analicen.

Las cifras contenidas en la Figura 11 informan las dificultades que enfrenta el país no solo en cuanto a su batalla contra la inercia que explica la transmisión intergeneracional de la desigualdad (la apuesta debería ser contar con un número mucho mayor de jóvenes con alto desempeño y ojalá con muchos provenientes de hogares vulnerables), sino también para asegurar el crecimiento económico de Chile en el largo plazo en el contexto de una economía integrada.

Figura 11
DESEMPEÑO DE JÓVENES CHILENOS EN PISA 2015. NÚMERO DE INDIVIDUOS CON RESULTADOS EN NIVEL MÁS ALTO (NIVEL 6)

Nota: cálculos propios en base a las estadísticas demográficas de cada uno de los países (UNESCO) y los resultados en la prueba PISA 2015 (OCDE).



4.3 **Desafío 3:** El sistema educativo no se ajusta a nuevas demandas de pertinencia

Pero, ¿cuáles son las destrezas relevantes en los mercados laborales modernos? ¿Qué tipo de competencias buscan los empleadores en los jóvenes que contratan para sus empresas?

En un mundo dominado por los avances tecnológicos, la demanda de habilidades en el mercado laboral ha cambiado. En Estados Unidos, por ejemplo, el uso masivo de la computadora significó la sustitución de trabajadores que se desempeñaban en tareas rutinarias, generalmente ocupadas por individuos con menores niveles de capacitación, aumentando la desigualdad (Freeman y Katz, 2010). Al mismo tiempo, se ha documentado una mayor demanda por trabajadores con experiencia en actividades no rutinarias y más complejas, que poseen habilidades que involucran la capacidad de identificar y resolver problemas (Acemoglu y Autor, 2011).

Esto es consistente con la evidencia que ha demostrado empíricamente el alto valor que da el mercado laboral a las habilidades socio-emocionales tales como la creatividad, de comunicación efectiva, las interpersonales, la responsabilidad, la autoestima y el autocontrol (Heckman, Stixrud y Urzúa, 2006), incluso entre grupos más vulnerable (Urzúa, 2008). Para América Latina la literatura también es clara en señalar que estas habilidades son críticas para el éxito en el desarrollo laboral y educativo de los jóvenes. Y son justamente estas las que el sector empresarial indica como deficientes o escasas al evaluar la labor de los sistemas educativos de la región. Bassi, et al. (2010) presenta evidencia para Chile en esta línea¹⁰.

El hecho que un grupo de habilidades probadamente relevantes para el mundo laboral actual pueda moldearse durante la educación básica y consolidarse durante la media es un hallazgo de primera importancia para el desarrollo de políticas públicas. Las habilidades socioemocionales responden en mayor medida a los estímulos del contexto y su período crítico de formación llega hasta la juventud, y aunque no hay fórmulas exactas para definir cuándo es más fácil modificarlas, lo cierto es que el sistema de educación formal desempeña una función primordial (Borghans et al., 2008).

Por eso, preparar a los jóvenes para el siglo XXI requiere abrir los ojos frente a las exigencias que enfrentarán en sus vidas laborales. El sistema educativo debe reinventarse para acompañar estos cambios y permitir que estos jóve-

nes puedan competir entre ellos e incluso con sus pares de otras regiones. Esta dimensión es clave en el desarrollo de una estrategia que apunte a reducir los niveles y la transmisión intergeneracional de desigualdad en el mediano y largo plazo. Lamentablemente, Chile poco ha avanzado en esta dimensión.

4.4 **Desafío 4:** Predistribuir para redistribuir

Un sistema educativo que se ocupa de la falta de oportunidades que tienen los más vulnerables debería tender a reducir las diferencias en los logros educativos y laborales generados por las condiciones socioeconómicas iniciales. En Chile, a pesar de los avances en materia de cobertura, la evidencia no permite concluir que la educación haya jugado tal rol. La Figura 12 da cuenta del hecho, mostrando las diferencias en las tasas de graduación de la educación superior de los individuos para distintas cohortes en función de la educación de la madre (el eje horizontal presenta el año de nacimiento). Los resultados muestran que ninguno de los cambios que han afectado al sistema educativo en casi 80 años habría reducido las brechas entre quienes nacieron en hogares con madres menos educadas y más educadas. Muy por el contrario, los resultados sugieren que para las cohortes más recientes (nacidas entre 1970 y 1980) las brechas han incluso aumentado.

Ante esta realidad, no sorprende la preocupante asociación entre la estructura del hogar en la que el individuo creció y la probabilidad de vivir bajo vulnerabilidad como adulto. Tal como lo demuestra la Figura 13, crecer sin padres, con solo padre o con solo madre, afecta significativamente los ingresos de los individuos.

En este contexto, el contar con un sistema educativo que identifique tempranamente las disparidades y las trate prontamente es otra condición necesaria para combatir en el largo plazo la desigualdad. Los establecimientos educacionales deben contar con las herramientas no solo para identificar a los más talentosos, sino además para remediar las dificultades de los menos afortunados. Es preocupante observar que el sistema educativo nacional no opera bajo dicha lógica. Incluso los cambios recientes en la legislación lo alejan aún más de los desafíos de educar a una población heterogénea (la Ley de Inclusión Escolar contiene elementos que limitan dicha posibilidad).

Considérese a modo de ejemplo la Figura 14. Esta analiza la transición desde cuarto básico hasta el acceso a la educación superior de una cohorte de estudiantes chilenos,

¹⁰ Este trabajo presenta además un estudio de casos, siendo uno ilustrativo el de una importante cadena de hoteles con sede en Santiago. Al momento de consultar al representante de Recursos Humanos respecto de lo que buscaba el hotel al momento de contratar jóvenes, se indica que la respuesta fue: «nosotros apostamos a contratar actitud y a entrenar aptitud. Y el problema con que nos hemos encontrado en Chile es que no hay una marcada actitud de servicio entre los jóvenes. Vemos que en los colegios a los chicos no se

les permite contactarse con la realidad laboral». A esto agregó, «veo dificultades en los egresados de secundaria para expresarse y comunicarse. Además, aquí nadie va a perder el trabajo por no saber cuándo es la Independencia de Chile. Pero sí lo puede perder si no tiene autocontrol en situaciones de presión». Estos comentarios son complementados con análisis estadísticos formales que demuestran que habilidades de comportamiento, más que de conocimiento o específicas al empleo, son las más demandadas por los empleadores en Chile.

distinguiendo la calidad del establecimiento educacional en el que están matriculados. Específicamente, se consideran los alumnos de cuarto básico matriculados en el 10% de los peores colegios, medidos por el puntaje promedio del establecimiento en la prueba SIMCE del 2001, versus el del 10% de mejores resultados.

Figura 12
PROBABILIDAD DE OBTENER TÍTULO UNIVERSITARIO EN FUNCIÓN DE LA EDUCACIÓN DE LA MADRE, POR AÑO DE NACIMIENTO DEL INDIVIDUO

Fuente: cálculos propios en función de CASEN 2015. Títulos técnicos superiores son excluidos.

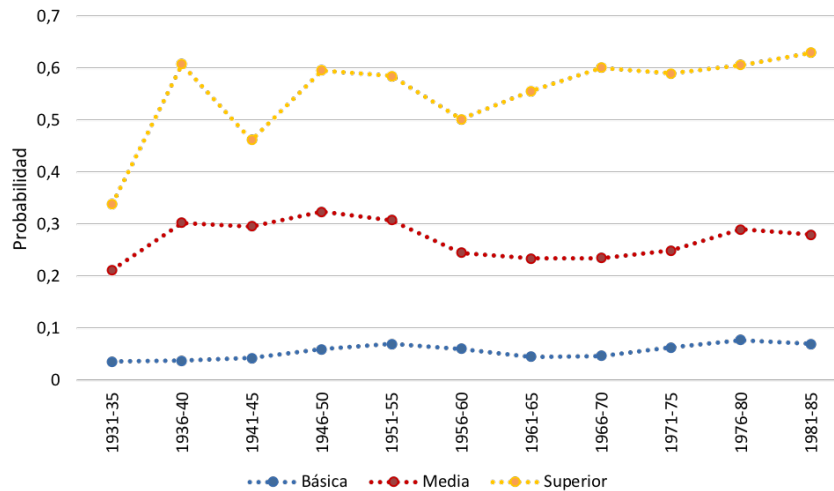


Figura 13
INGRESOS PROMEDIO AUTÓNOMOS EN FUNCIÓN DE LA ESTRUCTURA FAMILIAR DEL HOGAR DONDE CRECIÓ EL INDIVIDUO

Nota: cálculos propios en función de CASEN 2015. La estructura familiar se construye a partir de la pregunta: "Durante sus primeros 15 años de vida, ¿vivió la mayor parte del tiempo alguno de sus padres?". Las opciones permiten construir nuestros resultados.

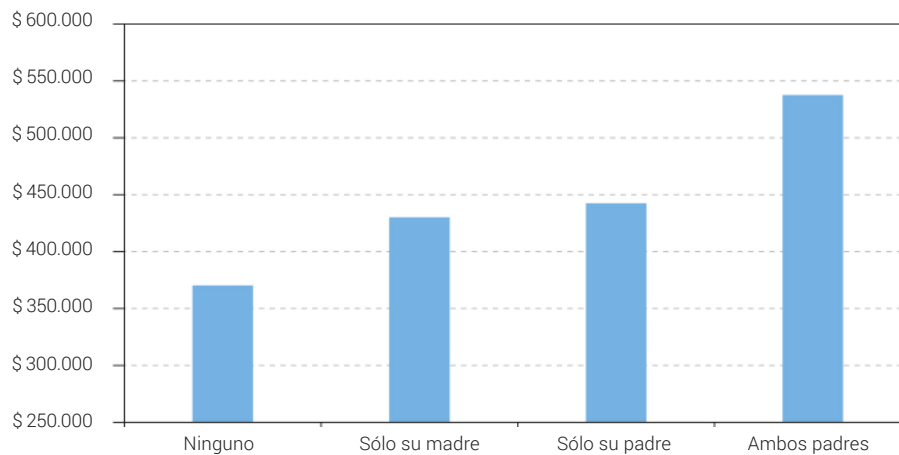
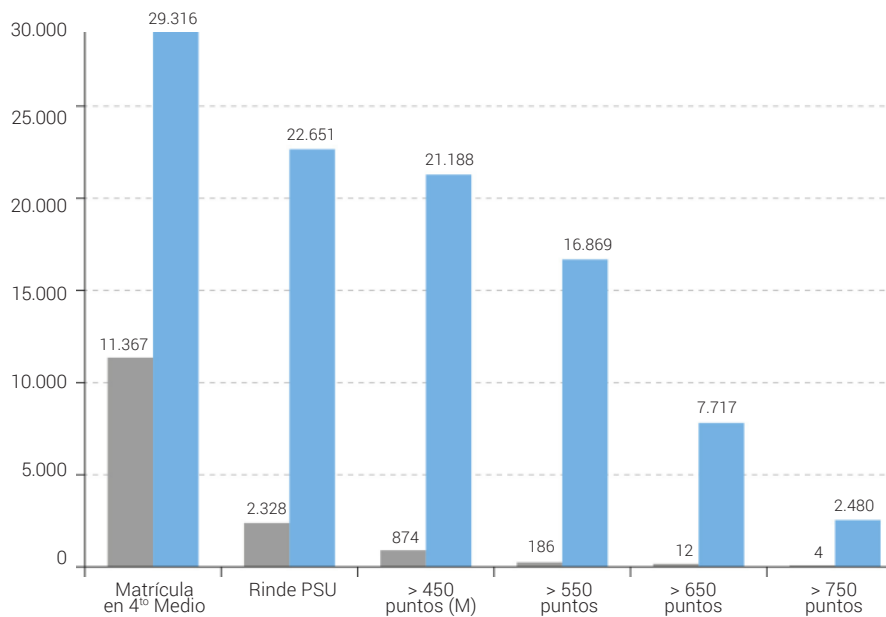


Figura 14

LOS PEORES Y MEJORES COLEGIOS DE EDUCACIÓN BÁSICA (4° BÁSICO) Y EL ÉXITO/FRACASO DE SUS ESTUDIANTES EN EL MEDIANO PLAZO



Nota: la cohorte analizada rindió la Prueba de Selección Universitaria (PSU) el 2009. Los datos provienen del SIMCE de 2001.

La ineficacia del sistema educativo para revertir las disparidades ya evidentes en 4° básico es alarmante. De los 29 mil estudiantes en el 10% de los mejores colegios de Chile, 16 mil obtuvieron más de 550 puntos en la PSU y más de 2 mil más de 750 puntos. En el 10% de los peores colegios, de los 11 mil estudiantes (los establecimientos son en promedio más pequeños), menos de 200 superaron los 186 puntos y solo 4 los 750. Un sistema educativo que genera tal resultado, más que reducir la desigualdad, la perpetúa. Aquí el mayor desafío de Chile en la materia.

5. CONCLUSIONES

Tal como sucede en otras sociedades de acceso limitado (North, Wallis y Weingast, 2012), en Chile las condiciones iniciales de los individuos importan demasiado. Las disparidades en el mercado laboral pueden ser identificadas tempranamente, mucho antes que el individuo tenga su primer empleo. La dependencia del establecimiento educacional al que asiste el menor es un buen predictor de sus éxitos profesionales como adulto. Por eso no sorprenden los inmensos esfuerzos de los hogares por alejarse del sistema de educación pública que no ha tenido la capacidad para competir.

Pero la condición de una sociedad evoluciona, se nutre de los logros y ambiciones de sus miembros. Por eso, en su tránsito a convertirse en una sociedad de acceso libre, en donde el mérito y el esfuerzo se levantan como determinantes del progreso individual y social, el rol preponderante de las condiciones iniciales comienza a ceder. Es en este contexto que es necesario entender la preocupación (algunos dirán malestar) social en cuanto a los altos niveles de desigualdad, lo mismo que las soluciones para reducirla.

Chile acertadamente ha identificado en la educación el motor capaz de eliminar las desigualdades injustas, aquellas que limitan el acenso individual por no tener, por ejemplo, el apellido apropiado o haber estudiado en el colegio indicado. Pero la mera identificación del mecanismo no es suficiente para reducir las disparidades. En consecuencia, el principal desafío de Chile es construir un sistema educacional consistente con las transformaciones de su sociedad, que se haga cargo de sus demandas. Uno que potencie el talento independiente de la situación socioeconómica del hogar y que proporcione destrezas básicas a toda la población. Tal combinación es condición necesaria para poder combatir efectiva y permanentemente la desigualdad.

Probablemente las extraordinarias condiciones económicas que vivió Chile producto del boom de los commodities, que significaron una reducción importante en la desigualdad de ingresos, han aplazado un debate serio en la materia. Sin embargo, el peor escenario económico pondrá en jaque los logros, haciendo ineludible la discusión¹¹. El país no puede seguir improvisando. Es necesario optar por soluciones efectivas que promuevan la movilidad social. El énfasis en la educación es correcto, siempre y cuando se asegure la calidad y se premie el esfuerzo. Son los aires de los nuevos tiempos: las políticas sociales bien intencionadas no son suficientes. Es necesario asegurar su efectividad en el largo plazo.

Santiago, diciembre de 2016.

¹¹ Al momento de completar este capítulo, los resultados de la encuesta CASEN 2015 no han sido publicados. Esta encuesta será la primera medición para identificar los efectos del menor crecimiento económico sobre la distribución del ingreso.

5. REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Acemoglu, D. y Autor, D. (2011). «Skills, Tasks and Technologies: Implications for Employment and Earnings». *Handbook of Labor Economics*, vol. 4(B), capítulo 12.
- Bassi, M., Rucci, G. y Urzúa, S. (2014). «Human Capital and the Economic Development in Latin America: Where are we? Where are we going?». *Development in the Americas (DIA) 2014*, Interamerican Development Bank.
- Bassi, M., Busso, M. y Vargas, J. (2012). *Disconnected: Skills, Education and Employment in Latin America*. Interamerican Development Bank.
- Black, S.E. y Devereux, P.J. (2011). «Recent Developments in Intergenerational Mobility», pp. 1487-1541. En Ashenfelter, O. y Card, D. (eds.). *Handbook of Labor Economics*. Amsterdam: Elsevier.
- Borghans, L., Duckworth, A., Heckman, J. y ter Weel, B. (2008). «The Economics and Psychology of Personality Traits». *Journal of Human Resources*, vol. 43(4), pp. 972-1059.
- Cerda, R., Llodrá, J.I. y Perelló, O. (2016). «Análisis de Encuesta CASEN 2015: Aspectos Metodológicos en la Medición de la Pobreza», documento de Trabajo, Clapes-UC.
- Contreras, D., Larrañaga, O., Puentes, E. y Rau, T. (2012). «The Evolution of Opportunities for Children in Chile 1990-2006». *Cepal Review*, n° 106, pp. 107-124.
- Cruz, M., Foster, J., Quillin, B., y Schellekens, P. (2015). «Ending Extreme Poverty and Sharing Prosperity: Progress and Policies». Policy Research Note PRN/15/03
- Davies, J., Zhang, J. y Zeng, J. (2005). «Intergenerational mobility under private vs. public education». *Scandinavian Journal of Economics*, vol. 107, pp. 399-417.
- Espinoza, R. y Urzúa, S. (2016). *The Economic Returns to Higher Education: Funding, coverage and quality in Latin America*. Documento de trabajo, Universidad de Maryland.
- Ferreira, F.H., Messina, J., Rigolini, J., López Calva, L.F., Lugo, M.A., y Vakis, R. (2013). *La movilidad económica y el crecimiento de la clase media en América Latina*. Washington DC: Banco Mundial.
- Freeman, R. y Goldin, C. (2010). *The Race between Education and Technology*. Massachusetts: Harvard University Press.
- Heckman, J., J. Stixrud and S. Urzua (2006), "The effect of cognitive and Non-cognitive factors in behavioral and labor outcomes". *Journal of Labor Economics*, v24, n3.
- Herrera, R., Larrañaga, O. y A. Telias. (2010). «La Ficha de Protección Social», pp. 265-296. En Larrañaga, O. y Contreras, D. (eds.). *Las nuevas políticas de protección social en Chile*. Santiago: Uqbar Editores y Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo (PNUD).
- Larrañaga, O., Contreras, D. y Cabezas, G. (2015). «Políticas Contra la Pobreza: de Chile Solidario al Ingreso Ético Familiar». Documento de Trabajo, Marzo 2015, Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo.
- Larrañaga, O., Falck, D., Herrera, R., y Telias, A. (2014). «De la Ficha de Protección Social a la Reforma de la Focalización». Documento de Trabajo, Diciembre 2014, Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo.
- López, R., Figueroa, E., y Gutiérrez, P.
 - (2013). «La "parte del león": Nuevas estimaciones de la participación de los súper ricos en el ingreso de Chile». Serie de Documentos de Trabajo, N° 379.
 - (2015). «Fundamental accrued capital gains and the measurement of top incomes: An application to Chile». Serie de Documentos de Trabajo, N° 409.
- Lustig, N., Lopez-Calva, L. y Ortiz-Juarez, E. (2011). «The Decline in Inequality in Latin America: How much, since when and why». Working Paper N° 211, ECINEQ.
- Noboa-Hidago, G. y Urzúa, S. (2012). «The Effects of Participation in Public Child Care Centers: Evidence from Chile». *Journal of Human Capital*, vol. 6(1), pp. 1-34.
- North, D., Webb, S. y Weingast, B.R. (2012). *In The Shadow of Violence: The Problem of Development in Limited Access Societies*. New York: Cambridge University Press.
- Puentes, E. y Urzúa, S. (2010). «La evidencia del impacto de los programas de capacitación en el desempeño en el mercado laboral». Nota Técnica, IDB-TN-268, Banco Interamericano de Desarrollo.
- Sapelli, C. (2011). «A Cohort Analysis of the Income Distribution in Chile». *Estudios de Economía*, 38(1), pp. 223-242.
- Shonkoff, J. y Phillips, D. (2000). «From Neurons to Neighborhoods: The Science of Early Childhood Development». Washington, DC: The National Academies Press.
- Solon, G. (2004). «A model of intergenerational mobility variation over time and place», pp. 38-47. En Corak, M. (ed.). *Generational income mobility in North America and Europe*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Urzúa S.
 - (2008). «Racial Labor Market Gaps: The Role of Abilities and Schooling Choices». *Journal of Human Resources*, vol. 43(4), pp. 919-971.
 - (2012). «The Economic Returns to Higher Education in Chile: Revising the Foundations of 30 Years of Public Policies». *Estudios Públicos*, vol. 125, pp. 2-52.

